MUNDO DE LIBROS

Paternidad

ANDRÉ THEURIET

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Paternidad

André Theuriet

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at DP Europe (http://dp.rastko.net)

BIBLIOTECA DE LA NACIÓN

ANDRÉ THEURIET

PATERNIDAD

TRADUCCIÓN CASTELLANA

DE

RAMÓN POMÉS

BUENOS AIRES

1912

Derechos reservados.

Imp. de LA NACIÓN.--Buenos Aires

PRIMERA PARTE

I

El rápido de París a Belfort atraviesa velozmente los arrabales. Aunque estamos en mayo, la mañana sin sol es fría. Un fuerte viento del Noroeste impulsa grandes nubarrones que se deshacen en lluvia sobre los campos de trigo, de cebada y de alfalfa que cubren con sus variados matices las monótonas llanuras de la Brie. Las gotas de lluvia pintan los más extraños dibujos sobre los cristales de un vagón de primera clase en que va un solo viajero quien parece preocuparse muy poco del mal tiempo. Abrigadas las piernas por ancha manta y una gorrilla sobre los ojos, está absorto en la lectura de unos documentos y en el examen de unos planos que va sacando de una gran carpeta puesta sobre los almohadones y en la que puede leerse esta inscripción: _Bosques de Val-Clavin._--_Petición de deslindes._ Al través de la lluvia poco tiene de interesante el paisaje; pero, por la tensión de los músculos de su rostro y por la honda preocupación del viajero, se adivina que seguiría del mismo modo indiferente a lo de afuera aunque llenara el sol el espacio todo y fuese el paisaje mucho más pintoresco.

Es hombre de unos cincuenta años y, sin embargo, sus movimientos son ligeros, ágiles; su vestir, muy cuidado y de una elegancia irreprochable, le da un aspecto de plena juventud. Sus rasgos son finos y correctos, en su barba cortada en punta y en sus cabellos castaños se ven mezclados algunos hilillos blancos; el firme modelado de su boca y de su nariz aguileña, con las dos arrugas verticales que afirman su entrecejo, indican en él una fuerte voluntad. Cuándo levanta un poco su gorrilla para limpiar los cristales del vagón empañados por la humedad, se ven a plena luz sus ojos, hermosamente azules y de mirar dulcísimo, que corrigen por la expresión un poco dura y fría de todo el rostro.

En la solapa de la negra americana se destaca con fuerza una roseta roja. Una gran distinción de maneras, junto con sus actitudes reservadas y una bien estudiada gravedad descubren a un personaje perteneciente al mundo administrativo, y, aunque el expediente que examina no revelase su profesión, adivinaríase en él a un funcionario que ha escalado elevados puestos y que está bien penetrado de la importancia de su cargo.

En efecto, «Amado Francisco Delaberge, oficial de la Legión de Honor», como dice el anuario, es inspector general de montes. Salido de la escuela de Nancy a los veintidós años, ha ascendido rápida y merecidamente. No sólo posee vastísimos conocimientos en materia de selvicultura, sino que se mostró siempre como un notable administrador. Lleno de amor por el oficio y dotado de una gran fuerza de trabajo, reúne al espíritu de organización la habilidad práctica del hombre de negocios. Así, hablan de él sus compañeros como de un futuro director general. La única cosa de que se le podría acusar es de una cierta frialdad de alma--esa impasibilidad egoísta del célibe, a quien la vida ha hecho sufrir poco y que no está dispuesto a comprender los sufrimientos de los demás.--En Delaberge, este defecto débese menos a una natural sequedad de corazón que a las particulares condiciones en que su infancia y su juventud se desenvolvieron.

Hijo de empleado, desde sus primeros años ha sido víctima de esa vida nómada de pájaro silvestre, de esos múltiples cambios de residencia que hacen pequeños _sin patria_ de los hijos del funcionario público. Llevado de un colegio a otro colegio hasta el día de su entrada en la Escuela Forestal, puede decirse que no conoció el pueblo en que había nacido, y por consiguiente, nada sabía de

aquellos cariños que lentamente se forman en el corazón del hombre y le unen para siempre a la provincia en que nació, a la casa en que se hizo hombre, a las piedras, a los árboles, a los horizontes que cada día sus ojos contemplaron. Los numerosos y fuertes lazos que van del mundo exterior al mundo de nuestro espíritu son otros tantos agentes creadores de la sensibilidad. Los primeros colores del nido pintan las primeras imaginaciones del niño y penetran profundamente y para siempre en su corazón; esto faltó a Delaberge.

Su juventud ha transcurrido en una atmósfera llena de frialdad, en medio de las preocupaciones de los exámenes y de los ascensos que había que conquistar a punta de espada. Ha ignorado aquella pasión que vuelve tierna el alma hiriéndola de muerte. A lo sumo, ha tenido en esa época de su vida alguna ligera amistad femenina tan rápidamente anudada como prontamente rota. Separado muy joven aún de sus padres, que perdió antes de haber llegado a los treinta años, ha podido gustar muy poco de las alegrías de la familia. Sin la menor fortuna, no ha pensado más que en hacer rápida y honrosamente su camino. El trabajo ha llenado toda su vida y el deseo de llegar pronto ha dirigido todas sus facultades hacia la realización de sus ambiciosos proyectos.

Como muchos funcionarios sin fortuna, retrocedió ante lo desconocido del matrimonio, creyendo que las obligaciones y las responsabilidades de la vida conyugal son obstáculo para las funciones administrativas. Ha permanecido soltero y se ha absorbido cada vez más en trabajos que le han robado por completo los días y aun con frecuencia las noches; ha llegado el primero a la oficina, ha salido el último, ha comido en el restaurant o en cualquier mesa oficinesca y no ha entrado en su casa sino para dormir. Así, desde los

treinta a los cincuenta años, se ha deslizado su metódica y correcta existencia, digna y laboriosa, pero también sin el calorcillo de una dulce intimidad, sin hacer el menor alto en el ensueño o en la fantasía...

No obstante, hoy que goza ya de un relativo bienestar, que su ambición administrativa está ya casi satisfecha, alguna vez vuelve melancólicamente la vista hacia atrás y con espanto se ha de confesar a sí mismo que su pasado está vacío de recuerdos alentadores y se da cuenta de su triste aislamiento. Cuando al salir de la casa de un amigo en que ha oído voces infantiles y risas de juventud, vuelve a su triste cuarto de soltero, siéntese lleno de añoranza por lo pasado y de inquietud por lo porvenir, pensando en la rapidez con que pasan los años, en la época cada vez más cercana del retiro, en las prosaicas miserias y los asquerosos servilismos que turban el ocaso de la vida de un solterón.

Llegado a la meseta de los cincuenta se parece el hombre a un extraviado viajero que ha escalado la cima de la montaña por abruptos y pedregosos senderos y que, una vez llegado arriba, comprende que equivocó por completo la senda. Entonces, ve el camino verdadero que dulcemente va subiendo por entre alegres pueblecillos y bosques en que cantan las fuentes y los pájaros, y por entre prados que las flores de todo color esmaltan, sin que pueda volver atrás para gozar de aquellos perdidos encantos...

Cuando siente Delaberge tales añoranzas pregúntase si no ha despreciado estúpidamente el todo por la nada, y entonces llena su mente y le obsesiona la idea del matrimonio. Se mira al espejo, se dice que es joven todavía y murmura como Juan de Lafontaine: «¿Ha

pasado ya para mí el tiempo del amor?» Pero ni aun durante estas crisis de tristeza le abandona del todo su habitual egoísmo. Piensa menos en amar que en ser amado. No ve en el matrimonio sino una compañía que alegre su existencia, un hijo en quien su propio ser reviva. En medio de ese despertar de la juventud, de esos deseos de romper con su vida monótona, la preocupación de sí mismo es lo que en él predomina. Quiere dar calor a su corazón, conocer la alegría de lo imprevisto, gozar las emociones raras y nunca sentidas...

Así, aceptó con verdadera alegría la misión de arreglar amistosamente con los propietarios y campesinos el interminable asunto de los deslindes de Val-Clavin...

Un prolongado silbido anuncia la proximidad de una estación. El tren, pasado ya Bar-sur-Aube, va a detenerse en Clairvaux. Delaberge levanta la cabeza, deja sobre el asiento sus papeles y baja el cristal de la ventanilla para respirar un poco de aire puro.

II

El aspecto del paisaje se ha ido modificando poco a poco. Las montañas son más altas y el valle se ha estrechado. Ha cambiado también el aspecto del cielo. Aparece a trechos el azulado espacio y no llueve ya. Los negros nubarrones huyen rápidos y caen los rayos del sol sobre los campos, haciendo humear las mojadas praderas y brillar como diamantes las gotas de lluvia en los manzanos en flor. Por entre el rasgado de negra nube descúbrese un trozo de intenso azul más allá de un pequeño bosque de álamos cuyas hojas de oro pálido parecen temblar bajo la inesperada luz, mientras sobre unos sombríos nubarrones se destaca triunfante y luminoso el arco iris. En

esos intervalos de sol y sombra corre por encima de la tierra verdeante como una alegría primaveral, del mismo modo que el viento riza la argentada superficie de un lago. Esta radiante alegría solar brilla a trechos sobre toda la campiña, sobre los ondulantes campos de cebada y de centeno, sobre los taludes llenos de rojas amapolas y va comunicándose sucesivamente a los huertos, en que de nuevo vuelven los insectos de todas clases y colores a zumbar contentos, y a los grupos de árboles en que los pájaros entonan otra vez su amoroso trino. Toda esta alegría penetra dulcemente en el cerebro de Delaberge y le distrae de sus laboriosas meditaciones jurídicas.

Después de un alto de pocos minutos en Clairvaux, marcha el tren por entre colinas cubiertas de bosque que dejan ver de vez en cuando las clarísimas aguas del Aube. El sol ha triunfado decididamente y el cielo todo es ya de un sedoso azul. Una pacificadora serenidad emana de las húmedas selvas, de vez en cuando interrumpidas por anchos vallados en que la mirada se refresca como en un baño de verdor... El inspector general ha cerrado la carpeta del expediente y la ha metido en su valija. Después vuelve a la ventanilla del vagón y apoyándose de codos en ella respira con avidez el fuerte olor de la tierra refrescada por la lluvia. Como buen funcionario forestal, su corazón se alegra a la vista de los árboles. A decir verdad, el bosque ha sido el único amor fervoroso de su vida y siéntese enternecido al encontrarse de nuevo en la campiña donde pasó sus años juveniles.

Este enternecimiento le recuerda los melancólicos pesares que conturban su alma hace algún tiempo... Un grupo de árboles bajo los cuales hacen la siesta los leñadores después de haber comido; un pueblecillo en que se oye el toque de misa matutina y en que tenues

humaredas se deslizan por encima de las techumbres de teja; una casuca campesina con sus ventanas abiertas en que flotan cortinillas blancas, puesta la ropa a secar tendida en la valla y cubriendo la suave colina la viña y el huerto... Todo eso le induce a dulcísimos ensueños de vida rústica.

Pregúntase entonces si la existencia de un honrado menestral, entre su mujer que le quiere y sus hijos que se hacen hombres poco a poco, no ofrece en realidad una suma de satisfacciones más verdaderas que aquellos mentidos placeres parisienses de que tan poco disfruta. ¿El, Delaberge, encadenado a su oficina, ocupado desde la mañana a la noche en dar vueltas a la rueda administrativa, no permanece extraño a las cosas del corazón y de la inteligencia cien veces más que ese propietario que vive olvidado en su pueblo? Y dentro de diez, de quince años todo lo más, cuando deje de ser una de las ruedas importantes de la administración, ¿cuál será la perspectiva de su existencia? Será aquella vejez sin apoyo y solitaria de todo funcionario retirado, que languidece en su ociosidad y no sabe dónde plantar su tienda...

Y de nuevo entonces, como una esfinge atormentadora, surge en su mente la pregunta de si ha pasado o no la edad en que sin imprudencia puede el hombre casarse y crear una familia. Esta vez, debido quizás al influjo de ese alegre sol de mayo, la respuesta se formula en su espíritu con menos vacilaciones, con mayor claridad que nunca.

Ha llevado siempre una existencia sobria, y sabe que existe en él todavía un gran fondo de vigor, una buena reserva de los tesoros juveniles. No es una ilusión, no se deja engañar por falsas

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com